

Hansala, (Beni Mellal) 10 de noviembre de 2003

Rachid, Esposo mío:

Llevo demasiados días sin noticias de ti. He viajado a pie 12 Kilómetros hasta la casa de mis padres para ver la televisión, para oír bien la radio (aquí solo oímos Radio 5 en el transistor, pero las ondas no llegan bien estos días), para mirar en el café los periódicos de España, para saber si hay noticias tuyas, de tus compañeros de viaje, noticias de los últimos días. Fui por los atajos, a través de las lomas, para acortar mi impaciencia. Y regresé porque aquí me esperaban nuestros hijos. Si no, me hubiera ido a la costa, al mar, a ver qué podía decirme, si sabía algo, si tu voz me llegaba con las olas. No soporto ya más la espera, no soporto la incertidumbre, creo que voy a enloquecer. ¿Qué ha sido de ti, habib? Han transcurrido veinte días desde que saliste de Hansala con tus amigos y ni Amina, ni Malika ni yo sabemos nada de vuestro viaje. La esposa de Ahmed dice que no hubo problemas aquellos días, que la mar estaba tranquila, que no me preocupe, que ya me escribirás. Pero yo no puedo más, tengo tanto miedo... Por las noches vierto mis lágrimas en balde al ver que no puedo tocarte a mi costado.

Dicen que no hablan las plantas ni las fuentes, ni los pájaros ni la luna, pero no es cierto, todos me hablan de ti cada día y yo les hablo a ellos, son los que mejor te conocen, los que siempre han estado con nosotros, testigos de nuestra vida, testigos de nuestro amor. Cuando miro el cielo, me digo este no es ya su cielo, cuando veo las aves me digo, él no las contempla conmigo y les envío mis besos para que los lleven donde tú estés (Allah quiera que estés vivo en algún lugar). Cuando voy a lavar a la acequia me reprocho mis quejas de antes, cuando te teníamos con nosotros, ¡ah! desearía tener aquí tus camisas, no me importa el trabajo con tal de que tú estés. Si salgo al campo con nuestras dos cabras hablo con ellas de tu ausencia, les pregunto por ti y les digo por qué tuvo que irse, en nuestra casa era el rey, podríamos vivir así siempre, no necesitamos más, tenemos lo suficiente, no pasamos hambre como otros, con lo que tenemos nos basta, con la leche de nuestras cabras, las manzanas y el aceite que nos envía su familia tenemos lo justo. Para qué queremos más si él no está; cuando hay algún problema, nuestros padres nos ayudan, él lo sabe, para qué queremos más. Eso les digo a nuestras cabras, pero ellas tampoco saben y yo añado vivir sin él es morir, él es mi *za'og*". Cuando descanso mientras ellas se alimentan, contemplo los árboles y arbustos junto al oued y ellos me hablan. Me dicen ten

paciencia, confía, pronto sabrás algo, guarda tu angustia como puedas, no debes permitir que el pequeño Abdul y Amira te vean así, ellos confían en su padre, él volverá, volverá a acunar a la pequeña Amira y volverá a jugar a la pelota con Abdul... Pero estoy asustada y pienso que quizá, si he de seguir sin noticias, el cuerpo me estalle todo por esperarte. Quisiera llorar como antes sobre tu hombro, reír de felicidad al contemplar a nuestros hijos, disfrutar con sus gracias infantiles, con las ingenuas, e interminables preguntas de Abdul, con sus juegos, con la lengüecita de trapo de Amira... A veces el corazón se me salta en el pecho cuando río y de repente me doy cuenta de que mi risa suena sola, que tú no ríes a mi lado. Y entonces, si puedo, salgo a contemplar el campo, a respirar hondo nuestro aire, el aire de nuestro pueblo, a ver nuestros manzanos, ya sin su fruto.

Ha llovido algún día, Rachid, y las noches son frías. Más frías sin ti.

¿Qué podrá comer ahí? me pregunto a veces, cuando cocino un *tagine* o cuando preparo la masa del pan o tus pastas preferidas. Y entonces mis recuerdos son como nubes movidas por el viento, vuelan rápido a través de nuestro tiempo compartido. Y no olvido tus sueños de agua corriente, carreteras y electricidad en este valle. Es lo que soñabas para nuestros hijos.

A veces saco tu foto, que he guardado en un plástico. Y sonrío. Y lloro después. Cuando duermo sueño con tu amor y tus caricias, y creo que a veces hablo en voz alta pues el pequeño Abdul me pregunta ¿qué dices, mamá? y se viene junto a mí, y yo le digo nada hijo, tal vez soñaba, duerme habib... Y entonces siento tu ausencia y me rompo en jirones de tristeza hasta que me vuelve el sueño.

Mi vida, habib, dame pronto noticias porque me encuentro sola y no soy nada sin ti.

Tu Aisha.

NOTA: Esta carta me fue entregada en Alicante por Lhossin Aghazaff, un amigo de Rachid, a cuyo domicilio en España la envió Aisha. Rachid nunca la recibió, pues nunca llegó a la Península. Tal vez fuera uno de los dieciséis desaparecidos en el naufragio de aquella patera el 23 de octubre. La sencillez y autenticidad de las palabras de Aisha me conmovieron y decidí transcribirla a nuestra lengua.